



Bolsillo Era

www.edicionesera.com.mx

JOSÉ EMILIO PACHECO



*No me preguntes
cómo pasa el tiempo*

POEMAS / 1964-1968

Edición original: Joaquín Mortiz, 1969
Primera edición en Biblioteca Era: 1984
Segunda edición [nueva versión]: 1998
Tercera edición [corregida]: 2017
Primera edición en Bolsillo Era: 2019
ISBN: 978-607-445-529-8
DR© 2019, Ediciones Era, S.A. de C.V.
Centeno 649, 08400 Ciudad de México

Oficinas editoriales:
Mérida 4, Col. Roma, 06700 Ciudad de México

Portada: fotografía de José Muñúzuri

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún otro medio o método sin la autorización por escrito del editor.

This book may not be reproduced, in whole or in part, in any form, without written permission from the publishers.

www.edicionesera.com.mx

www.edicionesera.com.mx

A Cristina



*Como figuras que pasan por una pantalla de televisión
y desaparecen, así ha pasado mi vida.
Como los automóviles que pasaban rápidos por las carreteras
con risas de muchachas y música de radios...
Y la belleza pasó rápida como el modelo de los autos
y las canciones de los radios que pasaron de moda.*

Ernesto Cardenal

I

En estas circunstancias



*... cuando la sombra el mundo va cubriendo
o la luz se avecina...*

Garcilaso de la Vega

Descripción de un naufragio en ultramar

(Agosto de 1966)

Pertenezco a una era fugitiva, mundo que se deshace ante mis ojos.

Piso una tierra firme que vientos y mareas erosionaron antes de que pudiera levantar su inventario.

Atrás quedan las ruinas cuyo esplendor mis ojos nunca vieron. Ciudades comidas por la selva, piedras mohosas en las que no me reconozco.

Y enfrente la mutación del mar y tampoco en las nuevas islas del océano hay un sitio en que pueda reclinar la cabeza.

Sus habitantes miraron extrañados al náufrago que preguntaba por los muertos. Creí reconocer en las muchachas caras que ya no existen, amores encendidos para ahuyentar la frialdad de la vejez, la cercanía del sepulcro.

La tribu rio de mi habla ornamentada, mi trato ceremonioso, la gesticulación que ya no entienden. Y no pude sentarme entre el Consejo porque aún no tenía el cabello blanco ni el tatuaje con que el tiempo celebra nuestro deterioro incesante.

El gran sacerdote resolvió que me hiciera de nuevo a la mar en una balsa, con frutos desecados al sol y una olla de agua por todo alimento. Al despedirme pronunció estas palabras:

“Naciste en tiempos de penuria, condenado a probar el naufragio de la vejez sin haber conocido la áspera juventud. Vuelve a los centros ceremoniales en donde un hervidero de lagartos cuida la máscara del rey que nada pudo contra la insaciedad de los gusanos.

“Antes de tiempo abandonaste a la caravana sin vislumbrar la tierra prometida. Sólo te acompañó tu semejante, el desierto. Los nómadas recelaron de ti. Desconfiaste de los señores de la guerra que imponen la degradación en sus dominios para mantener el esplendor de las metrópolis.

“Cruzaste el Mar de las Tinieblas en busca del Nuevo Mundo. No quisiste participar en la batalla ni vivir de la tortura y el despojo de tus semejantes. Escapaste del incendio de las ciudades, el saqueo y la entrada a degüello.

“En cambio amaste a las mujeres que nadie destinó para ti: cuerpos errantes desvanecidos en la noche sin término. Gastaste la noche en explorar los viejos manuscritos. Quisiste hallar el rumor transitivo de las generaciones, el espejo sin nadie, la pesadumbre de la historia –vanos ardides para ocultar la cobardía.

“Si las fauces del mar no te devoran, sólo te quedará esconder entre la cámara de gas o el campo de trabajo en que pastan y rumian los enemigos de tu pueblo.”

Transparencia de los enigmas

(Octubre, 1966)

Pensemos en serio en todas las cosas que se avecinan. El mundo ya está harto de profetas; el óxido se adueña de sus visiones. La historia tiene el deber de trastonar las profecías.

Alabemos a Patmos y a la montaña de las Lamentaciones. Pero aquí no se trata de videncia ni de relatos sugeridos por la baraja ni de sombras que se insinúan en esferas.

Basta mirar lo que sucede. Todo fermenta en derredor de nuestra tibia ansiedad y nuestra cólera apacible. No hay filtros ni exorcismos contra lo que se gesta y se levanta.

Más tarde podríamos lamentar un perentorio olvido de las buenas maneras o una exigencia desmedida por parte de los nuevos poderes. Nos pesará no haber juzgado a tiempo que el freno de nuestras iniquidades

podría mitigar la edad de fuego que ya se gesta sobre nuestras ciudades. Por obra de su codicia permitieron que la miseria fermentara en sus alrededores.

Hoy airados parajes dispuestos a obedecer la chispa que enciende el pasto seco y comunique el fuego al bosque y a los sembradíos que arruinó la ebriedad de creernos, por mandato de Dios, amos eternos,

capaces de sujetar al mundo y ejercer saqueo impune y derechos feudales contra la muchedumbre inexpugnable

que se niega a seguir royendo para siempre nuestras migajas,

en virtud de palabras electrónicamente amplificadas e imágenes que inundan los recintos de la miseria con todas las tentaciones de la abundancia.

Seres entre dos aguas, marginales de ayer y de mañana, nos hundiremos con la causa perdida o pagaremos con fuego el precio de la tibieza.

La realidad destruye la ficción nuevamente. Y todo lo que he dicho será empleado en mi contra.

Será mejor entonces que detengamos el festín, amigos míos; echemos a la basura los simulacros de catástrofe, nos despedamos con el radiante estruendo de la música,

y pensemos en todas las cosas que ya se avecinan.

Un marine

Quiso apagar incendios con el fuego.
Murió en la selva de Vietnam
y en vano.